

siempre una preferencia marcada por este título del Rosario, y este modo de orar, en el cual se resume por decirlo así la fé, y que contiene como la ciencia del culto debido á María. La religión cristiana se ha servido siempre del Rosario en público y privado, en casa y en familia, y en las cofradías instituidas bajo su advocación, dedicándole altares y celebrando ceremonias en su honor, persuadidos todos de que no se podrá hacer nada mejor para realizar las solemnidades de María, y merecer sus favores y su intercesión.

Nos, no podemos pasar ya en silencio una consideración que resalta aquí como una especie de particular providencia de Nuestra Señora. Cada vez, en efecto, que por la acción del tiempo el celo de la piedad se ha relajado en una nación, y se ha abandonado este piadoso hábito de rezar, es de notar en seguida con qué unanimidad, ya en épocas de crisis terribles para el Estado, ya bajo el imperio de otra cualquier necesidad, la práctica del Rosario, entre todos los demás auxilios religiosos, ha sido repuesta y vuelto á colocar en su rango de honor, y cómo se ha desarrollado de nuevo con gran provecho. No hay necesidad de ir á buscar pruebas en lo pasado, cuando las tenemos aquí refulgentes á nuestros ojos. En nuestra época, tan mala para la Iglesia, como hemos dicho al principio, y tan dolorosa para Nos, que hemos sido llamado por la Divina Providencia para dirigirla, Nos, vemos y admiramos en medio de la insurrección de las pasiones, cuánta devoción hay hácia el Rosario de María, y en cuánto favor está en todos los lugares y entre todos los pueblos de nombre católico. Ya este hecho, que en verdad ha de atribuirse á Dios, que dirige y conduce á los hombres, y no á la prudencia ó habilidad humana, consuela grandemente y eleva nuestra alma y la llena de una gran esperanza, al ver renovarse y acre-

centarse los triunfos de la Iglesia bajo los auspicios de María.

No faltan, sin embargo, cristianos que comprenden lo que Nos acabamos de recordar tan justamente, pero que viendo que ninguna de las esperanzas relativas en particular á la paz y á la tranquilidad de la Iglesia se ha realizado, antes por el contrario, que la situación se agrava tal vez, se abandonan como fatigados, y se descorazonan en su fervor y devoción hácia esa piadosa oración.

Que esos, pues, la busquen desde luego, y se apliquen á allegar á las oraciones que eleven á Dios, las disposiciones convenientes recomendadas por nuestro Señor Jesucristo: si las tienen, que consideren en seguida lo inconveniente y culpable que es querer asignar á Dios el tiempo y la manera de ayudarnos, á El que no nos debe nada, nada de tal suerte, que cuando oye nuestras oraciones y «corona nuestros méritos, no corona más que sus propios beneficios,» y cuando nos escucha menos favorablemente según nuestros deseos, obra como un buen padre previsor para con sus hijos, teniendo compasión de sus extravíos y proveyendo á su utilidad.

Pero las oraciones que ofrecemos humildemente á Dios, en unión con los sufragios de los Santos del cielo, para hacerlo propicio á la Iglesia, Dios las acoge siempre favorablemente y las escucha, tanto aquellas que conciernen á los grandes é inmortales bienes de la Iglesia, como aquellas que se refieren á los bienes inferiores y del tiempo. Pues á estas oraciones, Jesucristo, por sus propias oraciones y sus méritos, añade un peso y una gracia abundantes. «El que ha amado á su Iglesia se ha entregado por ella para santificarla, para mostrarse á sí mismo su Iglesia gloriosa.» El, que es el Pontífice soberano, santo, inocente, «siempre vivo para interceder



por nosotros,» y del cual sabemos por la fé, que la oración y la intercesión son siempre escuchadas.

En lo que concierne á los bienes externos y temporales de la Iglesia, ésta tiene que habérselas muchas veces, como es sabido, con terribles adversarios por su malevolencia y poder, que la usurpan sus bienes, restringen, y oprimen su libertad, atacan y desprecian su autoridad, la causan, en una palabra, toda clase de daños y malos tratamientos. Pero si se investiga por qué su maldad no va hasta el límite de las inquietudes que intentan y se esfuerzan en procurarlas, fácil es conocerlo; pues al contrario, la Iglesia, en medio de tantas vicisitudes, se muestra siempre con la misma grandeza y la misma gloria, aunque de una manera distinta y no cesa de aumentar. La verdadera y principal razón de este contraste es ciertamente, la intervención de Dios solicitada por las oraciones de la Iglesia. Y la razón humana no explica tampoco cómo la iniquidad dominante queda encerrada en límites tan estrechos, cuando la Iglesia, estrechada por todas partes, no deja de triunfar de todas tan magníficamente.

Pero, esto es verdad, sobre todo, por lo que hace á los bienes superiores, por los cuales la Iglesia conduce inmediatamente á los hombres á su fin último. Pues, es tal su misión, que debe tener, por sus oraciones, grande influencia para el feliz cumplimiento del orden de la Divina Providencia sobre ellos, y así, los hombres que oran con la Iglesia, acaban por merecer y alcanzar «las gracias que Dios Omnipotente ha decidido conceder antes de los siglos.» (1) El espíritu del hombre es incapaz de comprender en el presente los profundos designios de la Providencia; pero vendrá un día en que Dios mismo en su

(1) Quae Deus Omnipotens ante saecula disposuit donare. Santo Tomás II, q. 83. a. 2. ex S. Greg. M.

bondad quitará el velo á la razón y al encadenamiento de los sucesos, y entonces se verá manifiestamente cuán grande ha sido la acción y la influencia de la oración sobre los destinos de las cosas. Se verá también que de allí procede el que tantos hombres, en medio de la corrupción de un mundo depravado, se hayan mostrado puros é indemnes de «todas las manchas de la carne y del espíritu, trabajando por su santificación en el temor de Dios,» (1) que otros que estaban á punto de dejarse arrastrar por el mal, se han detenido inmediatamente y han recibido del peligro mismo y de la tentación un feliz aumento de virtud; que otros, en fin, que habían caído, han sentido en sí el impulso que los ha levantado y les ha echado en los brazos de la misericordia de Dios.

Habidas en cuenta estas consideraciones, conjuramos, pues, solícitamente á los cristianos, á que no se dejen sorprender por las astucias del antiguo enemigo y á que no desistan por ningún motivo del celo de la oración; antes bien que perseveren y persistan *sin interrupción*. Que su primera solicitud sea la del supremo bien y pidan la salud eterna de todos y la conservación de la Iglesia.

Pueden, despues, pedir á Dios los demás bienes, necesarios ó útiles para la vida, con tal que se sometan de antemano á su divina voluntad, siempre justa, y le den gracias como á Padre bienhechor, yá conceda ó yá niegue lo que le pidan; que tengan, finalmente, la religión y piedad para Dios que tan necesaria es y que los Santos tuvieron, y el mismo Redentor y Maestro *que clama y llora*. (2)

Y ahora Nuestro ministerio y Nuestra pastoral caridad desea, que Nos, imploremos de Dios, soberano dis-

(1) II, Corintios VII. 1.

(2) Hebr. V. 1.



pensador de bienes para todos los hijos de la Iglesia, no sólo el espíritu de la oración, sino también el de la penitencia. Haciéndolo con todo Nuestro corazón, Nos, exhortamos igualmente á todos y cada uno, para que practiquen ambas virtudes, estrechamente unidas entre sí. La oración tiene por efecto sostener el alma, darle valor, elevarla hácia las cosas divinas; la penitencia tiene por resultado darnos el imperio sobre nosotros mismos, especialmente sobre nuestro cuerpo, lleno del peso de la antigua falta, y enemigo de la razón y de la ley evangélica. Esas virtudes, como es fácil ver, se sostienen mutuamente la una á la otra, y concurren igualmente á sustraer y arrancar cosas perecederas del hombre nacido para el Cielo, y elevan al hombre á una especie de comercio celestial con Dios. Sucede, por el contrario, que aquel en cuya alma bullen las pasiones cae en la malicia por las ambiciones, halla insípidas las dulzuras de las cosas celestiales; y no tiene por toda oración, más que una palabra fría y lánguida, indigna de ser escuchada por Dios.

Tenemos ante los ojos los ejemplos de penitencia de los Santos, cuyas oraciones y súplicas, como sabemos por los anales sagrados, han sido, por esta misma causa, extremadamente agradables á Dios y han obrado prodigios. Ellos arreglaban y domaban incesantemente su espíritu y su corazón; se aplicaban á sujetarse con plena aquiescencia y completa sumisión á la doctrina de Jesucristo y á las enseñanzas y preceptos de su Iglesia; á no tener voluntad propia en cosa alguna, sino después de haber consultado con Dios; á no encaminar todas sus acciones más que al aumento de la gloria del Señor; á comprimir y quebrar enérgicamente sus pasiones; á tratar con implacable dureza su cuerpo; á abstenerse por virtud de todo placer, por inocente que fuera. De esa manera podrán, con toda verdad, aplicarse á sí mismo estas palabras de San Pablo:

« Nuestra conversación está en el cielo. » (1), y por lo mismo también, sus oraciones serán tan eficaces cerca de Dios, á quien imploran y suplican. Claro es que no todos pueden ni deben llegar ahí; pero las razones de la justicia divina exigen que cada uno, en espíritu de voluntaria mortificación, castigue su vida y sus costumbres; y conviene mucho imponerse penas voluntarias en vida, para merecer mayor recompensa de la virtud.

Por otra parte, como en el cuerpo místico de Jesucristo, que es la Iglesia, estamos todos unidos y vivimos como miembros suyos, resulta, según la palabra de San Pablo, que á la manera que todos los miembros de un mismo cuerpo se regocijan de lo que acontece dichosamente á uno de ellos, y se entristecen con lo que sufre, así también los fieles cristianos deben sentir los sufrimientos espirituales ó corporales, los unos de los otros, y ayudarse entre sí todo lo posible: « Que todos los miembros conspiren igualmente al bien, los unos de los otros; así cuando un miembro sufre, todos los demás sufren con él, y si un miembro recibe honor, todos los demás gozan con él. Y vosotros sois el cuerpo de Jesucristo, y miembros los unos de los otros. » (2)

En este modelo de caridad para el que quiere imitar el ejemplo de Jesucristo, que ha derramado con inmenso amor su vida para la satisfacción por nuestros pecados, hay una exhortación á tomar sobre cada uno de nosotros las faltas de los demás; hay también un gran lazo de perfección que permite á los fieles estar unidos entre sí, y muy estrechamente también con los ciudadanos del cielo y con Dios. En una palabra: la acción de la santa penitencia es tan variada é ingeniosa y se extiende tanto, que cada uno, según su piadosa manera y con buena

(1) *Phil. III: 20.*

(2) *Cor. XII, 25-27.*



voluntad, puede hacer de ella un uso frecuente y poco difícil.

En conclusión, Venerables Hermanos, Nos nos prometemos con vuestra ayuda, un feliz resultado de vuestras advertencias y exhortaciones, en razón de vuestra insigne y particular piedad hácia la Madre de Dios, y de vuestra caridad y celo por la grey cristiana; y estos frutos que la devoción de los católicos á María, tantas veces manifestada con esplendor, ha producido, se goza nuestra alma en cojerlos yá anticipadamente en gran abundancia.

Llamados por vosotros, en virtud de vuestras exhortaciones y siguiéndoos, deseamos que los fieles, principalmente en el próximo venidero mes, se apiñen en redor de los solemnes altares de la augusta Reina, y de la Madre llena de bondad, á fin de tejerle y ofrecerle, como buenos hijos, con la oración del Rosario, que tanto la agrada, una corona mística. Además, Nos, mantenemos y confirmamos las prescripciones y los favores de las santas indulgencias acordadas precedentemente con este motivo.

¡Qué hermoso é imponente espectáculo será en las ciudades, en los pueblos, en las aldeas, en tierra y en mar, en todas partes por donde se extiende el mundo católico, que esos centenares de millares de fieles asociando sus alabanzas y juntando sus oraciones, con un sólo corazón, con una voz unánime, se reunan para saludar á María, implorando y esperando todo de María!

Que por su mediación se esfuercen todos los fieles después de haber rogado á su divino Hijo, en implorar la vuelta de las naciones que se han separado de las instituciones y principios del cristianismo, que son fundamentos de salvación para los pueblos y manantial de la verdadera felicidad. Que por su mediación se esfuercen

en obtener, tanto más cuanto que este es el mayor de todos los bienes, que nuestra Madre la Iglesia, recobre la posición de su libertad y pueda disfrutarla en paz; libertad que, como es sabido, no tiene otro objeto para la Iglesia, que el de poder procurar á los hombres los supremos bienes. Lejos de haber causado jamás hasta ahora el menor perjuicio á los particulares ni á los pueblos, la Iglesia, en todo tiempo, les ha procurado numerosos é insignes beneficios.

Que por la intercesión de la Reina del Santísimo Rosario, os conceda Dios, Venerables Hermanos, los bienes celestiales, con los cuales aumenta y acrecienta de día en día, las fuerzas y los auxilios que necesita para llenar las obligaciones de vuestro ministerio pastoral; que os sirva de augurio y prenda la bendición apostólica que Nos os damos con toda la afección de nuestra alma, á vosotros, al Clero y á los pueblos confiados á vuestro cuidado.

Dado en San Pedro de Roma el 22 de Septiembre, décimocuarto año de nuestro pontificado.

LEON XIII, PAPA.



